

REPORTAJES SENSACIONALES

UN DUELO EN EL AGUA

Hay una isla en Oceanía, á cuyas inmediaciones no han llegado sino contadas expediciones científicas. Es un trozo de tierra pequeño y de una vegetación admirable, que se divisa desde largas distancias.

En esa isla se da un fenómeno curioso y único. El de que las aguas del mar, al llegar á ella, son violentamente rechazadas, formando una muralla de encajes.

No hay una explicación científica ni racional para el caso; pero éste existe y ha sido objeto de las más apasionadas discusiones en el mundo de la ciencia.

La única cosa que tiene algún viso de razonable es la creencia de que en el fondo de esa isla existe desde hace siglos un volcán.

Este, en vez de romper la tierra, en la gigantesca sacudida del parto de su fuego, ha encontrado un escape natural en torno á la base y arroja su lava al mar, rechazando de ese modo á las aguas cuando sus olas van á depositar en sus arenas el beso de amor.

Con ocasión de la expedición que el Gobierno norteamericano organizó el año 1917, para que una Comisión de sabios investigara el fenómeno, un marino de alma brava, que había peleado durante dos años en la flota alemana, y que cegado por sus vicios hizo traición á su país teniendo que exipatriarse á los Estados Unidos, se comprometió á dirigir el barco que se enviaba.

Pedro Moro, el aventurero, que vivía en la capital de América, quiso formar parte de la expedición y logró sus deseos gracias á la gran amistad que le unía con el presidente Wilson.

Cuando el barco llegó á un kilómetro de la isla, la resaca impedía acercarse á tierra. Venían á estrellarse contra la embarcación las aguas que la isla rechazaba, como si un ejército de invisibles enamorados rechazara los esfuerzos del audaz que quisiera acercarse á la princesa encantada de cuya custodia ellos fueran centinelas.

Durante varios días el barco rondó los alrededores, sin que fuera posible, aun con todos los esfuerzos imaginables, intentar el desembarco.

Pedro Moro habló al alemán traidor:

—¿Y eras tú el gran marino? ¿Y no sabes ni te atreves á forzar la máquina para vencer esa resistencia del agua?

—Si me atrevería, pero al intento se partiría el barco en cien pedazos.

—Tú lo que tienes es miedo.

El alemán palideció intensamente.

—Yo no tengo miedo—dijo con energía—. Si quieres, echemos los botes al mar y embarquemos en ellos á la gente de á bordo, y tú y yo solos en el barco, lo lanzo sobre tierra.

Aceptó el aventurero. Soltaron los botes, y una hora después, solos los dos audaces en el barco, enfilaron éste sobre la costa.

Rugían las máquinas á toda la presión de sus calderas, como si quisieran en sus murmullos significar una protesta contra la locura, ó como si quisieran salmodiar unos funerales.

Fué cosa de un instante. Una ola gigantesca, como una nube de sol, vista sobre el barco, lo envolvió y en espantoso crujido lo zarandeó, partiéndolo cual si fuera una caña.

Unos segundos después los dos hombres aparecieron sobre el agua.

El alemán empuñaba en su mano derecha un cuchillo. Pedro Moro, para más libremente nadar, llevaba su puñal cogido con los dientes.

Se acercaron el uno al otro.
—¡Vamos á las lanchas!—dijo el alemán.

—Espera—replicó Moro—¿Ves esa isla á la cual no es posible llegar? ¡Pues yo quiero intentarlo!

—¡Pero si es imposible!
—Imposible para tí, que eres un cobarde.

—Yo no soy cobarde.
—Tú eres un cobarde y un renegado que has vendido á tu pueblo...

El marino fué sobre Pedro Moro y quiso acuchillarle, pero el aventurero se dejó hundir en el agua y á partir ésta fué la puñalada.

Volvió á flote, y ambos hombres en un duelo salvaje é incomparable de trágica grandeza se buscaban el corazón, mientras las montañas de espuma de las olas saltaban sobre ellos.

Pedro Moro tuvo más fortuna. Cuando ya la lucha iba fatigándoles, el aventurero tomó su cuchillo y tirándolo á la ballesta logró clavarlo en el pecho del alemán.

Al verle muerto, Pedro Moro decidió intentar nuevamente llegar á la isla, pero notó en su costado como una caricia de cosquillas. Se miró y vió cómo la sangre surgía del costado en ese sin sentir de la sangre cuando se escapa en el agua.

Comprendió la gravedad de su herida, y en un poderoso esfuerzo de voluntad, se dejó llevar de la resaca, y una hora después, cuando ya iba á dejarse morir, le recogían en las lanchas los sabios que esperaban y que no supieron jamás de aquél bár-

baro y salvaje duelo en las aguas que rodean á la inexplorada isla de Oceanía...

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD.

Prohibida la reproducción

¡HAY QUE VER!

Cuplé de la zarzuela "LA MONTERÍA"

I

Hay que ver mi abuelita, la pobre,
los retratos que tiene;
hay que ver las moctitas de entonces
que feas estaban.
Si antaño la CASA DE BELDA
hubiera existido,
¡que hermosura de fotos, tan bellos
hubiera tenido!
¡Hay que ver, hay que ver, hay que ver!
las fotos tan baratas
que puedo usted obtener
¡Creo yo, creo yo, creo yo!
que con muy pocas pesetas
tendrá una ampliación.

II

Yo no sé cómo entonces las novias
posaban á gusto,
sin temor á un cruel desengaño
y tener un disgusto.
El muchacho que piensa casarse,
y esto, ya no es guasa,
que se fije y observe los grupos
que hace este artista.
¡Hay que ver, hay que ver, hay que ver!
la EXPOSICIÓN de BELDA,
de fotos de chipén.
¡Vaya allí, vaya allí, vaya allí!
que de la CASA BELDA
contento va á salir.

(Fotografía Artística.-Calle del Rosario, 19, pral.)

Parece pretensión de un loco, pero algo de realidad hemos podido ver. Se trata de la confección de una americana con dos caras, la que puede lucirse de color gris, dejando para los días festivos el color café o viceversa.

Como no está satisfecho de su obra, el popular sastre Bartolomé Olmedilla se ha empeñado en confeccionar una americana que él llama de *cuatro fachadas*, para que pueda lucirse como si fueran cuatro de distinto color, asegurando que no llevará ni una sola costura.

Esperamos con ansia la confección de la de *cuatro fachadas*, para mostrarnos el importe de tres trajes.

Imp. V.ª Collado (en testamentaria)